



UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

Francisco García Martínez

EL ESPÍRITU DE LAS PALABRAS

Lección para el Acto Académico
en la Fiesta de Santo de Aquino (30 Enero 2017)

I

“Una palabra no dice nada y al mismo tiempo lo esconde todo”. Así comienza una canción del cantautor cubano Carlos Varela. Y sobre esta cualidad de la palabra querría reflexionar en este acto en honor a Santo Tomás quien con tanto cuidado la utilizó.

Toda palabra es una alianza entre el mundo y nosotros porque en cada palabra el mundo y el yo se entrelazan.

La palabra es una puerta por donde el mundo accede a nuestra vida y se hace mundo nuestro. Al ser pronunciado cobra existencia real, aparece, se nos dice, se abraza a nuestro ser como algo propiamente nuestro. Podríamos decir que lo que aún no ha sido nombrado, aquello para lo que no tenemos palabras, apenas si puede ser visto, reconocido, acogido como tal. Por eso cuando no queremos acoger una realidad que, sin embargo, se impone sin lugar a dudas intentamos reprimir las palabras que la identifican para exorcizar su presencia, como sucede por ejemplo con cáncer, envidia, muerte, lujuria...

Por otra parte, en cada palabra el mundo nos hace suyos, pues es él mismo quien se expresa en nosotros constituyéndonos como su órgano epifánico, el lugar por donde canta su existencia y su gloria, como saben sobre todo los poetas, aunque a esto lo llamen musas.

Por eso en las palabras, en su mismo ser, más allá de cuales sean, alienta un espíritu de comunión que va haciendo que todas las cosas, sin dejar de ser ellas mismas, sean una, un único mundo, en el ser humano, en su lenguaje. Además, esta característica se reduplica al ser pronunciadas siempre en el juego de las relaciones, creando con-tacto incluso cuando revelan que no nos entendemos.

II

Sin embargo, el mundo no se deja atrapar en sus nombres. Las palabras con las que lo pronunciamos solo acarician su carne esquiva, entregada pero indomeñable, innombrable en su ultimidad misteriosa, irreducible a nuestra pronunciación. Baste decir como ejemplo que la palabra hormiga no es una hormiga o la palabra amistad no es la amistad misma o el pronombre personal “yo” solo remite a un misterio inexpresable del todo para ese mismo yo parlante. Las palabras nos dicen las cosas sin ser las cosas mismas y, de esta manera, nos permiten abrazarlas sin poseerlas, nos invitan a un viaje hacia ellas que es siempre una aventura. El lenguaje entonces apela al misterio de cada realidad, también al nuestro. Y gracias a ello, a esta distancia que no pocas veces nos enerva, estamos siempre acompañados y no solo somos nosotros mismos sin más, porque para que exista compañía es necesario que el acompañante esté ahí siendo distinto.

Así pues, si el mundo en un principio nos invita a pronunciarlo en palabras, luego estas mismas palabras nos invitan a escucharlo en silencio, a buscarlo en ellas, a riesgo, si no lo hacemos, de convertir el lenguaje en algo así como una barrera coralina, quizá hermosa, pero muerta y mortal para nuestra navegación en el mar de la existencia.

III

Las palabras nos dicen, con su misma existencia, que el mundo es para nosotros, pero no nuestro, y que puede ser pronunciado con ese extraño posesivo que utilizó Adán al conocer a Eva: *mi* carne, *mis* huesos... Un posesivo que revela que estamos llamados a ser juntos y que sin el otro o lo otro que pronuncio nos falta algo propio, que estamos llamados a convertir el encuentro, todo encuentro, en un alegre despertar a la comunión, de la comunión. Este afectuoso posesivo, no obstante, puede deformarse en aquel ensimismamiento que se niega a la reciprocidad dando lugar a un dominio violento sobre las cosas y las personas, y que comienza siempre por el lenguaje. Un lenguaje tan bien descrito en tantos personajes de *El Señor de los Anillos*, sobre todo en *Gollum*, quien al querer poseer el anillo y con él todo lo demás, se desposeen de sus relaciones, de su identidad y de su forma verdadera.

Las palabras, pues, insertan la distancia, la diferencia, a la vez que crean el vínculo. Nos dicen que el mundo es para nosotros y nosotros para el mundo, pues crean ese espacio misterioso de intimidad donde nos decimos él y nosotros mutuamente y a la vez, como sabemos que sucede en el amor. De esta forma, el lenguaje y el mundo son otra de esas polaridades fundacionales que constituyen la realidad sin las cuales nada llega a ser lo que es en realidad. Por eso el mundo y el ser humano que lo pronuncia podría cantar con Jorge Drexler aquello de “antes de mí tú no eras tú, antes de ti yo no era yo, antes de ser nosotros dos no había ninguno de los dos”.

IV

Las palabras, débiles en sí como el soplo articulado que son, expresan también al ser pronunciadas la vulnerabilidad misma del mundo. Aparecen en nuestros oídos y luego en nuestros labios como un vestido que apunta las formas del cuerpo y, en ellas, se ofrece al amor, con posibilidad de ser acariciado y encontrar su gloria, aunque también de ser violado y entregado a la muerte.

La realidad debe entregarse irremediabilmente al lenguaje para ser ella misma, pues solo en él puede expresar su realidad, su sentido y su gloria, y así nos enseña la humildad que necesitamos para encontrarnos a nosotros mismos, porque tampoco nosotros podemos ser solo diciéndonos a nosotros mismos, ya que hemos de ser pronunciados por otros para alcanzarnos, como muestra perfectamente el que seamos identificados por un nombre que se nos dio y nos definió antes incluso de que cobráramos conciencia de existir. Kénosis radical en la que todos habitamos, aun cuando no queramos aceptarlo, porque todos parecemos estar entregados a que sean las palabras de otro las que nos identifiquen, nos enseñen a hablar y alienten nuestra vida.

Esta es la razón por la que en el lenguaje la realidad puede ser no solo glorificada, sino también crucificada por medio de la formalidad hipócrita y superficial, que se conforma con la apariencia insustancial de las cosas sin buscar su realidad o verdad última, o igualmente por medio de la tergiversación mentirosa, que deforma interesadamente la realidad encadenándola a nuestro afán dominante y posesivo.

En el lenguaje la realidad es entregada a un futuro de vida dando de sí o arrastrada por el fango de la muerte. En el lenguaje la realidad se hace del todo o vuelve a aquella nada caótica que no deja espacio a la vida.

V.

Es claro entonces que las palabras no están nunca hechas del todo, aun cuando ya las conozcamos o las pronunciamos habitualmente. Cada palabra es un verbo pronunciado en voz activa y pasiva a la vez. Cada palabra es un momento de la realidad diciéndose en nosotros (voz pasiva), un momento de nuestra vida diciéndose en ellas (voz activa). Un paso en el movimiento del hombre hacia su futuro. Un paso en el movimiento del mundo hacia su último destino que solo se alcanza en la pronunciación que de él hace el hombre.

Cada palabra por pronunciar y en su misma pronunciación es una invitación a comprender y comprendernos, a aprehender y aprehendernos, a comulgar y encontrarnos en esa comunión con todo y entre todos. En cada palabra alienta el futuro que nos llama, que nos pide paso y decisión de vida.

VI

Desgraciadamente el lenguaje, como la vida misma, no tiene un comienzo limpio, ni un futuro immaculado en su concepción, porque cada palabra está lastrada por la historia, por los miedos y resentimientos con que ha sido dicha por los siglos. En cada palabra pueden descubrirse desdichas infringidas alguna vez que no se pueden desdecir, incluso las palabras santas como *Dios* o *amor* poseen este lastre de desdicha en su pronunciación. Además, el lenguaje en su conjunto parece estar dominado, no pocas veces, por palabras demoníacas que se han apoderado de su sentido y su destino y que las deforman incluso cuando están bien dichas. Palabras como *inútil* o *enemigo* que hacen que las otras, pronunciadas en su entorno, queden envenenadas.

El lenguaje desgraciadamente está habitado por una historia de muerte, herido por las veces que se dijo sin el aliento de la comunión, y así se hace hiriente incluso sin querer.

VII

Por eso las palabras necesitan del silencio para definir bien lo que quieren ser y reconocer lo que son de hecho; para insertar en ellas el aliento necesario que consiga hacerlas creativas; para hacer que sean lo que son y realicen lo que están llamadas a realizar, a saber, expresar la riqueza de la vida y crear comunión en ella... Como decía Epicteto, tenemos dos orejas y una sola boca, signo de que necesitamos escuchar el doble de lo que hablamos.

Igualmente las palabras para alcanzar su verdad necesitan un compromiso con la realidad referida en ellas. Un compromiso con la verdad propia de cada momento pronunciado, un compromiso que deje a las cosas y a las personas que pronunciamos ser lo que son. Necesitamos, por tanto, reconocer que el lenguaje es solo el instrumento de una verdad que no le pertenece, sino que le llama a descubrir y expresar. Porque la realidad no es un instrumento del lenguaje y de sus intereses, sino al contrario, incluso cuando aquella deba ser torneada para que encuentre su verdadera posición en la armonía del conjunto.

Solo en este silencio y con este compromiso hacia la verdad las palabras van aprendiendo a hablar de verdad, con verdad, después de haber sido dichas tantas veces sin ton ni son, con la ingenuidad inconsciente del lenguaje infantil o con la turbia dicción de quien cree saberlo todo o quiere poseerlo todo.

VIII

Como hemos referido, las palabras son siempre sugerencias, invitaciones a descubrir que hay un mundo previo por pronunciar, un mundo que *se nos da* en ellas. Ellas nunca crean la realidad ni podemos crear con ellas cosa alguna. Son signos de reconocimiento *de lo dado* y juegos de vida que permiten y ayudan a que *lo dado* dé de sí. En las palabras nos encontramos con algo que está más allá incluso de las realidades a las que apuntan y del lenguaje mismo que las apunta: la existencia de un misterio originario de donación que podemos reconocer, pero al que no podemos acceder.

En la palabra nos encontramos (podemos encontrarnos) con la Palabra creadora, con el Aliento creador de Dios que va llamando, a un mismo tiempo, al mundo para que sea y al lenguaje para que lo diga y así se va diciendo en nosotros. Una presencia que crea el mundo por pronunciar y que nos da una identidad, cuando nos crea a su imagen, para pronunciarlo.

IX

Todas las palabras, todas, cuando se ahondan en el silencio, vienen a coincidir con solo dos. Una que las reúne a todas y que habla de la realidad como dada a sí misma, da lo mismo si decimos cazuela o constelación o algoritmo pues en todas se manifiesta lo existente en cuanto dado, recibido de más allá de sí mismo. Esta palabra que las reúne a todas es HIJO. En ella se expresa que el mundo y nosotros somos-existimos en cuanto dados a nosotros mismos, traídos desde más allá de nuestro ser y nuestras posibilidades. La otra, que se eleva cuando esto se comprende, reconociéndolo y aceptándolo, es GRACIAS. ¿Qué otra palabra podría pronunciarse al comprobar la gratuidad exuberante de la existencia?

De tal manera que para el ser humano todo se juega en si sabe reconocer en cada palabra este doble espíritu que la habita: el espíritu filial que le hace sentir que “todo es don”, y si, en ese mismo instante, al ser pronunciado, pronunciar y pronunciarse, sabe decir gracias.

X

Este es el misterio de la eucaristía en el que los cristianos vamos aprendiendo a decir el mundo y a decirnos a nosotros mismos; donde, de la mano de Cristo, vamos aprendiendo a tomar en las nuestras el mundo como un don, agradeciéndolo y entregándolo confiadamente.

Por eso decimos que Cristo es la Palabra hecha carne verdadera, la Palabra de vida y la Vida última del mundo y de las palabras. Porque él es el HIJO donde todo fue creado y de donde todo toma el ser; la ACCIÓN DE GRACIAS que eternamente canta la gloria de un Dios que es Padre, don-de-sí; el AMÉN DE LA ALIANZA donde toda realidad puede pronunciarse en el interior de un cuerpo en comunión.

Pero él, humildemente y como toda realidad, se esconde en las palabras y solo se ofrece en el silencio de quien lo busca en ellas, porque como dijimos al principio “una palabra no dice nada y al mismo tiempo lo esconde todo”.